
Nelson Pierrotti

Profesor de Historia en la
Facultad de Humanidades de la
Universidad de Montevideo

Leer, interpretar y actuar. La influencia del libro en el pensamiento colonial montevideano (1724-1830)

El estudio de la historia del libro y de la lectura durante la época colonial en el Río de la Plata, nos aproxima de un modo particular a la comprensión de un mundo ya ido, que puso las bases de una forma ser y actuar características. La primera cuestión consistió definir una problemática sobre el libro como vehículo de ideas y sobre los hábitos de lectura de individuos y sectores sociales, el modo de interpretar lo leído y cómo se intentó ponerlo en práctica. Por supuesto, no se trata de hacer una mera historia de las mentalidades, trasladando categorías y dilemas externos a un contexto regional, sino analizar desde esta perspectiva el juego de fuerzas implicado en la conformación de una mentalidad singular.

The study of the history of books and reading during the colonial period in the Río de la Plata brings us closer to comprehending in a particular way a world that no longer exists which set the foundations for a particular way of being and acting. The first issue was defining a question about the book as a means to transmit ideas and about the reading habits of individuals and social groups, the way to interpret what is read and how people tried to put this into practice. Of course, it is not the aim to write a simple history of different frames of mind, applying foreign categories and dilemmas to a local context, but to analyze from this perspective the game of forces implied in the creation of a singular frame of mind.

Introducción

¿Qué se leía en el Montevideo colonial? ¿Cuántas bibliotecas existieron en esta ciudad y en otras de la Banda Oriental del Río Uruguay? ¿Quiénes leían? ¿Cómo se leía? ¿Qué se buscaba en la lectura? ¿Cómo se la interpretaba y llevaba a la acción?

Para responder estos interrogantes consultamos una diversidad de fuentes de época, fundamentalmente los testamentos coloniales, los primeros periódicos rioplatenses, la correspondencia y los diarios personales, los catálogos de las bibliotecas y los partes e informes de los Cabildos de Montevideo, Colonia, Buenos Aires, Soriano, Maldonado y Canelones. Buscamos definir el perfil del lector individual, acercándonos a su mundo psicológico y social, al análisis del conjunto de libros y bibliotecas del medio, y a los diferentes niveles socio-culturales habidos.¹

En este estudio se pudo notar la gran importancia social que tuvo la oralización de lo escrito para la época. Leer públicamente un capítulo de un libro o un artículo de un periódico, fue una forma habitual de socialización en las tertulias vespertinas, ocasionalmente en las librerías y, frecuentemente en los cafés.² Dicha actividad ejercitada regularmente permitió la asociación con personas que podían *comentar* y *criticar* lo leído, generando opiniones. La página impresa tenía poder movilizador en la medida que despertara inquietudes y sentimientos. Un mismo texto podía –como hoy– ser entendido de diversas maneras, y a partir de allí iniciarse una serie de razonamientos que se transformaran en acciones. La papelería y taller de encuadernación de José Fernández Cutiellos –abierta por lo menos desde 1796– era uno de los puntos de encuentro de aquellos montevideanos que acudían en busca de libros de ficción, historia, ciencia, periódicos europeos,³ suscripciones al “Telégrafo Mercantil” o al “Semanario de Agricultura” (a partir de 1801); o simplemente a charlar por las noches, como solía hacerlo Dámaso Antonio Larrañaga, entre otros.⁴

¹ PIERROTTI, Nelson: *El nacimiento de una forma de ser. Una nueva visión sobre la construcción de las mentalidades en el Montevideo colonial (1726-1814)*. En: *Estudios Iberoamericanos*, v. XXXIII. PUCRS, Porto Alegre, 2007, pp. 35-50.

² La lectura en voz alta, cumplía una doble función social, porque comunicaba lo escrito a quienes no sabían leer y porque fomentaba la convergencia de distintos actores sociales. La oralización de un texto estimula la imaginación y el texto juega con formas y fórmulas aptas para someter lo escrito a las exigencias propias de la lectura activa.

³ Como las “Gazetas” y los “Mercurios”. El vecino y empresario Francisco Medina tenía en uno de sus establecimientos 234 Gazetas y 29 Mercurios (1785-1788).

⁴ RAMÍREZ, Arbelio: *Una librería de la época colonial*. FHC, Montevideo, 1950. *El Telégrafo Mercantil*, 1801, T. 1, N° 10.

Pero, ¿qué se lee?, ¿dónde? Y, ¿cuál es la procedencia de los libros? ¿Tuvieron algún efecto real que pueda ser rastreado en individuos o comunidades de lectores? Unos cuantos indicios revelan diferentes horizontes de comprensión, interpretación, apropiación y uso. Las lecturas más tempranas de las que obtuvimos noticias para Montevideo fueron las de la Biblia, porciones de los Evangelios y de los Salmos⁵, diccionarios, concordancias, libros de oraciones, ejercicios espirituales, volúmenes de patrística —es decir las obras de los primeros cristianos— y las grandes creaciones de la literatura clásica española y greco-latina.⁶ La existencia de tantos libros piadosos y clásicos en la primera mitad del siglo XVII, resulta natural en una sociedad colonial urbana, donde las órdenes religiosas dirigían una educación incipiente y la vida espiritual de sus integrantes. Sin embargo, no debe minimizarse el ascendiente del pensamiento religioso en el ánimo y en la forma de actuar y pensar del lector. Es posible encontrar unos cuantos indicios que revelan tal influencia.

Por ejemplo, la Biblia está presente en todas las bibliotecas investigadas, a veces con dos o tres ejemplares. Y aunque, por supuesto, la mera posesión no indica lectura, su existencia en tantos inventarios favorece la opinión de que fue leída con frecuencia. En 1798 el vecino Juan Ibañez hizo constar en su testamento que le prestó a su conciudadano Antonio Bustillos “*el Nuevo y Viejo testamento en pasta*” para su lectura personal, y ahora reclamaba su devolución a fin de legarlo a su heredero.⁷ Asimismo, Francisco Acuña de Figueroa —futuro autor del himno nacional uruguayo— tradujo varios salmos bíblicos del latín al español y se inspiró en ellos para escribir algunos de sus poemas. Su “Diario del Sitio de Montevideo (1812-14) guarda estrechos paralelismos con las “Lamentaciones” de Jeremías, con el profeta Habacuc y con Isaías.⁸ De ellos, Figueroa tomó recursos estilísticos, inspiración dramática y sentimental. E incluso más, en no pocos oportunidades aparecieron en el “Telégrafo Mercantil” referencias a la Biblia como base para *reflexiones* o *justificaciones* tanto de índole política como moral. Es interesante ver que algunas críticas a las autoridades coloniales se deslizaron veladamente a través de citas en latín o de comentarios aparentemente inocentes. Como en un artículo del periódico bonaerense “El Telégrafo Mercantil” en el que *hablando de las autoridades*

⁵ AGN AJ Soriano, Caja 2, f. 8-12, 1786; Caja 1, f. 8v. Caja 5, c.2, sin foliar, 1789.

⁶ AGN AJ Montevideo Caja 8, c.3, f. 38, 1760.

⁷ AGN AJ PEP 1799, t. 1, f. 296.

⁸ ACUÑA DE FIGUEROA, Francisco: *Diario del sitio de Montevideo*. C.C.U, Montevideo, 1967.

coloniales, se remite al lector a una cita -sin transcribir el pasaje- del libro de *Eclesiastés* en el que se lanza una diatriba *contra la corrupción de los príncipes*.⁹

Fuera de Montevideo, en Colonia, Soriano y Maldonado se constata la existencia de varias bibliotecas, lo que de por sí -aunque eran menores en tamaño- es un indicio de que el hábito de la lectura se había extendido hacia el interior de la Banda Oriental, aun en un ambiente donde predominaba la comunicación oral, semi analfabeto o analfabeto.¹⁰ En algunos hogares -aun en los más modestos- los testamentos indican que había “*unos cuantos libros*” o que había “*varios libros de diferentes autores y materias*”, expresiones descriptivas que los escribanos de la época usaban cuando no especificaban de qué obras se trataba. Llama la atención que en Buenos Aires los testamentos tampoco especifican la cantidad de libros o volúmenes inventariados, y mucho menos suministran los títulos de las obras.

Por los datos recogidos en la investigación, sabemos que entre 1751 y 1775, en la Banda Oriental -y en todo el Río de la Plata- se leía a Aristóteles, a San Ignacio, a Francisco Suárez, a Villarruel (sic), a Cienfuegos y a Cervantes. Las cartillas escolares y los catones alternaban en los anaqueles con la *Aritmética de Moya*¹¹ y la *Farmacopea de Palacios*,¹² los libros de Cirugía y de Derecho Civil -como el de *Luis de Molina*¹³- con obras de carácter histórico y literario como una Historia del Rey -de autor innominado-, la Conquista de la Florida, la Monarquía de Indias, el Quijote de la Mancha y algunos Romances. La lectura de obras de *divulgación científica* propias de la época, ayudaron también a formar opinión y en algún caso a despertar la afición por las ciencias. Como la del observador montevideano que desde la azotea de su casa, haciendo uso de un telescopio, estudiaba todas las noches los cráteres lunares y conservaba una colección de dibujos.¹⁴

Asimismo, es de notar que una parte importante de la actividad pro científica y enseñante de la colonia, se concentraba en torno a la lectura. Los maestros tomaban de los libros -propios o prestados- los conceptos

⁹ *El Telégrafo Mercantil*. . . Buenos Aires. 1801.

¹⁰ AGN AJ Montevideo, Caja 19, c. 1, f. 8, 1768; Soriano, Caja 4, c. 9, 1795.

¹¹ Esta aritmética es la primera que encontramos en los inventarios montevideanos. Consta en una biblioteca particular de 1760. AGN AJ Caja 8, c. 3.

¹² Las farmacopeas de la época incluían secciones sobre digestivos, purgantes, caldos, emulsiones, fomentos, cataplasmas, píldoras, polvos, quinas y láudanos.

¹³ A Molina, Mariana y Suárez se les atribuye una fuerte influencia en el pensamiento rioplatense. AGN AJ Caja 18, f. 247, 1775.

¹⁴ Como la del Montevideano que en 1809 ocupaba sus noches observando la Luna con un telescopio de su propiedad.

básicos que sus alumnos luego copiarían a mano, para estudiarlos y recitarlos al ser examinados. Esta actividad probablemente generó con el paso de los años muchos manuscritos –la gran mayoría perdidos, obviamente- que desempeñaron un papel importante en la conservación y transmisión del conocimiento, ya que los libros eran caros. Por esto, el estudio de las bibliotecas montevidéanas –según se desprende de los testamentos e inventarios de bienes- permite hacer algunas especulaciones a partir del material que fue leído en los siglos XVIII y XIX en el Río de la Plata. Y comprobar que para la segunda mitad del XVIII, las bibliotecas y librerías crecieron en número y tamaño –tanto en Montevideo como en Buenos Aires- incentivadas por el desarrollo del comercio de libros. En Montevideo éste estuvo en manos de los jesuitas. Dice el Acta labrada por el Cabildo de la ciudad tras su expulsión, que era “*notorio que dichos Padres, solían traer libros, y otros efectos, y darlos a vender a los particulares*”.¹⁵

La biblioteca jesuíta –formada entre los años 1746 y 1767- fue una de las más grandes del período, con unos 1930 volúmenes de variado contenido. Al analizar detenidamente el catálogo encontramos referencias a *manuscritos de matemática*, pequeñas obras impresas, *compendios de aritmética* –inventariados sin nombre de autor ni título- y libros de *divulgación científica*.¹⁶ Entre estos las “Memorias de Trevaux” (en francés), periódico que divulgaba las ideas de Leibniz, Nollet, Rousseau y Newton; los nueve tomos del “Espectáculo de la Naturaleza” del abad Pluche, “*físico*” envuelto en el proyecto de divulgación cultural de la Ilustración, que tanto intentaba instruir como divertir¹⁷; los cinco volúmenes de “Divertimentos Físicos”, que transitaba en la misma línea; los seis tomos abreviados de cierto “Rolín” (sic) –quizá el Rollín autor de una historia de las ciencias-, dos tomos de física y metafísica manuscritos, y “El Abece del nuevo ejercicio Militar”, una guía técnica. Los libros de divulgación de siglo XVIII trataban de alcanzar a un público amplio popularizando el saber con el fin de ilustrar a la sociedad. Y como la biblioteca montevidéana de los jesuitas era accesible a los estudiantes de filosofía de la ciudad, tenía un sistema de préstamo de libros que contribuyó a la difusión de las ideas de aquellos escritores europeos. Los quince tomos de la “Historia de España” de Mariana, el “Sumario de un siglo” de Suárez, la “Historia de Carlos XII”

¹⁵ AGN AGA *Acta del Antiguo Cabildo de Montevideo* (1768), T. 1, fol. 39.

¹⁶ AGN AGA Caja 14, c. 8, doc. 48.

¹⁷ AGN AGA “Acta del Antiguo Cabildo de Montevideo” (1768), T. 1, fol. 39. La obra estaría presente en otras bibliotecas como las de la familia Piedra Cueva, la de Francisco Medina, la de Francisco Ortega y Monroy, la de Dámaso Larrañaga, etc.

y la “Historia de Luis XIV” de Voltaire, agudo crítico de la realidad política y social y expositor de una teoría del conocimiento, “Florilegios medicinales” –con origen en la medicina medieval-, y tratados de metafísica.

Una de las obras de mayor interés era una copia manuscrita de los “Elementos de todas la matemáticas” (1716) en dos tomos, del alemán Christian Wolff, -“Matemática de Volfio”- autor ecléctico, cuyo pensamiento oscilaba entre la escolástica y la Ilustración.¹⁸ Este libro había llegado al Río de la Plata a principios del siglo XVIII de la mano de los suarezianos. Es de algún modo significativa la popularidad de Wolff en la Banda Oriental, como se demuestra por el hecho de hallarlo invariablemente en todas las bibliotecas coloniales e incluso poscoloniales. Fue un verdadero “best seller” de la época Wolff se caracterizaba por un racionalismo sistemático prekantiano, por su admiración por Leibnitz y Newton, y por dar difusión a los últimos avances en el cálculo infinitesimal.¹⁹

Entre el repertorio de libros también figuraba la obra completa del humanista cristiano Juan Luis Vives, “*De Discipliniis. De corruptis artibus in universum*” (1531).²⁰ La “Disciplina” resulta de interés como libro por su crítica al pensamiento aristotélico, por hacer un estudio sistemático de la manera de alcanzar y transmitir el conocimiento, por su descripción del sabio como tipo humano ideal; y por su consejo –adelantándose a francés Diderot- de aprender en las fábricas, no solamente en los libros. El genio humano no tiene límites, sostenía Vives, y solo Dios puede decir hasta dónde llegará su desarrollo. Al no limitar las posibilidades intelectuales del hombre daba paso a la expansión del pensamiento. Poco después de escribir estas

¹⁸ AGN AGA 1768. “Acta del Antiguo Cabildo de Montevideo”, t. F. 37. SARRAILH, Jean: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. F.C.E., México, 1957, p. 479.

¹⁹ “Es de recordar en este punto que en la segunda mitad del siglo XVIII hubo un aula de Gramática y Latinidad en la residencia jesuita de Montevideo (1763) que representó un cierto avance con relación a la enseñanza escolástica anterior al agregarse el estudio de cosmografía elemental, de geometría y de aritmética algo más adelantada. Es probable que temporalmente uno de los maestros de la cátedra haya sido Benito de Riva respetado profesor de filosofía de la Universidad de Córdoba (Río de la Plata) crítico de Newton, Leibniz, Wolff y Descartes. Con él pudieron trasladarse al colegio montevidiano las discusiones en boga en aquella universidad sobre las teorías del cosmos, la física moderna y las matemáticas. No obstante, la enseñanza regular de las matemáticas obedecía a una finalidad puramente práctica. La sociedad comercial no veía en ellas otra utilidad que la aplicable al comercio y la contabilidad. Se entendía que las matemáticas más adelantadas pertenecían a algunos niveles del ámbito militar, necesitados de emplearla por la naturaleza técnico profesional de su trabajo. Pero aun en dicho medio las ciencias exactas se cultivaban por sus aplicaciones prácticas a la náutica o la artillería”. Tomado de: PIERROTTI, Nelson: *Los estudios de temas matemáticos anteriores a la creación de la Facultad de Matemáticas en Uruguay. 1888*. En: *Revista Galileo*. Facultad de Ciencias, Montevideo, 2002. Disponible en versión digital: <http://www.galileo.fcien.edu.uy>.

²⁰ VIVES, Juan Luis: *De las Disciplinas. Causa de la corrupción de las artes en general*. Aguilar, Madrid 1948, T. II, parte 1, libro V, cap. II.

cosas pasa a dedicar un capítulo entero a las matemáticas en el que repasa los conocimientos que se poseían en el siglo XVI sobre cantidades, geometría, aritmética, astronomía, astronomía, música –“*el número aplicado a la armonía*”–, la perspectiva y la óptica. Sostuvo que las matemáticas por sus características internas no se corrompieron como las demás *artes*, técnicas u oficios.

Otra obra de gran difusión en el Río de la Plata fue el “Teatro Crítico Universal” (1726-1739) –en ocho tomos- de fray Benito Jerónimo Feijóo. Aunque se lo ha definido como anti-ilustrado desde el punto de vista filosófico, la verdad es que desde las páginas de su obra, se abarcaba todo aspecto de la actividad intelectual de su tiempo, incluyendo la física moderna y las ideas de Bacon, Newton y Nollet, impugnando –como los pensadores de la Ilustración- el concepto de autoridad aristotélica. Su actitud ante las ciencias nuevas abrió camino a una visión también nueva, justamente porque buscaba sustituir la física aristotélica por la experiencia y la reflexión. El anti-aristotelismo de Feijóo implicaba entonces un rechazo al saber institucional clásico y en el fondo a la escolástica misma que anclaba su visión de mundo en Aristóteles.²¹

Con el tiempo esta renuncia al dogmatismo se trasladó al campo social donde contribuyó al desarrollo de actitudes críticas hacia el conocimiento aceptado, especialmente aristotélico. Así, aunque indirectamente, los paradigmas de Feijóo contribuyeron su parte a corroer la vieja mentalidad colonial escolástica. Tal vez, la lectura de Feijóo –sin descartar las de otros autores- pudo haber influido con las reformas propuestas por el ecléctico profesor Juan Baltazar Maciel al Colegio de San Carlos de Buenos Aires²²,

²¹ De Aristóteles dice Feijóo: “*Tiene su filosofía muchas incertidumbres y perplejidades y aun verdades muy dudosas*”.

²² “Expulsados los jesuitas habría que esperar quince años hasta que se instalase una cátedra de Gramática Castellana y Latina en el colegio franciscano de San Bernardino de Sea (1783). Esta aula cumplía fines preparatorios para la correspondiente de Filosofía abierta cuatro años después. Los estudiantes aprendían algo de aritmética y geometría, astronomía elemental, hidrostática y física aristotélica. Los que lo deseaban podían continuar sus estudios intermedios en el San Carlos de Buenos Aires. Allí muchos jóvenes orientales encontraron un ambiente donde comenzaba a cristalizar el pensamiento moderno. Algunos docentes del colegio, como Juan Baltazar Maziel, pedían libertad decátedra y la posibilidad de dictar física en los textos de Descartes, Newton o Gassendi (1786). Las corrientes modernas exigían una perspectiva diferente, tenazmente resistida, que tuviera en cuenta la experiencia y la reflexión. Lo que implicaba una nueva actitud ante el conocimiento. La influencia de aquellas tendencias se sentía también en las universidades de Córdoba y de Charcas (Bolivia) a las que acudían los jóvenes para titularse en Filosofía o en Derecho. En estas se formaron a partir de 1751 los primeros doctores de la Banda Oriental. Es de señalar que algunos de estos conocieron a partir de 1763 una cátedra independiente de matemáticas en la que se impartieron nociones de física, álgebra y trigonometría”. Tomado de: PIERROTTI: *La enseñanza...*

solicitando mayor libertad de cátedra y espacios para la experiencia y la reflexión, de lo que resultó su expulsión hacia Montevideo.²³

Por otra parte, una mirada más atenta a los inventarios de los libros hallados en los aposentos de los religiosos, parece indicar que las preferencias y los gustos individuales fueron diversos. Y no presentan una construcción tan monolítica como puede suponerse. Por ejemplo, la biblioteca que estaba en el dormitorio del jesuita Juan Boulet lo muestra más interesado por los idiomas, los temas de filosofía, aritmética, usos y costumbres, literatura y música. Mientras que la de Benito Rivadeneyra evidencia una mayor preocupación por la literatura, la historia y la religión; y la de Juan Zuazagoytia revela inquietud por temas relativos a física y matemáticas, ciencias naturales, política y obras de información general. Significativamente, de los 367 volúmenes hallados en su cuarto, 247 tenían que ver con obras de este tipo.

Ante la expulsión por Real Orden de los jesuitas en todos los dominios españoles, sería Juan Thomas quien intentaría salvar algunos de los bienes de la expropiación de las autoridades, confiándolos a comerciante Miguel Otermin, a quien con frecuencia dejaba dinero y libros para que los pusiera en venta en su tienda de ropa:

“(...) El supuesto dicho empezó a llevar las cajitas con plata, sin contar, por no haber querido el Padre que se detuviese a contarlos en su Aposento (...) y algunos libros, que iba poniendo sobre su cama”.

Entre los sesenta y siete volúmenes y noventa y tres cartillas de Astete que fueron encontrados en poder de Otermina, también estaban las obras de Fray Luis, Lacrois y Suárez. ¿Fueron éstos los únicos libros salidos en secreto de la Residencia jesuita? Es factible que no. En el mismo documento consultado se lee:

“(...) Habiendo vuelto por más, saliendo de la residencia con ellos, le encontró el Señor Gobernador de la Plaza, y le dijo / venga/ conmigo, y el declarante fue siguiéndolo (...) sin saber los motivos de su culpa, se aturdido, de modo que no sabía el número de los libros que llevaba (...) y aun no sabiendo con dicho susto si tenía cerrada su tienda o no (...) y tiene presente que entre los libros van unos anteojos, y no sabe si alguna otra cosa”.

²³ BARCIA, Pedro Luis: *Las letras rioplatenses en el período de la Ilustración: Juan Baltazar Maciel y el conflicto de dos sistemas literarios*. En: *Humanidades - Revista de la Universidad de Montevideo*, Universidad de Montevideo, Montevideo, junio de 2001, pp. 41-60.

¿Aturdido o cómplice? Es imposible saberlo. Una vez expulsados los jesuitas, los libros de su biblioteca fueron puestos al cuidado del cura Felipe Ortega, quien en vano intentó abrir una biblioteca pública en Montevideo. Luego de su partida hacia Buenos Aires, los volúmenes pasaron al control de José Manuel Pérez Castellano, quien finalmente consiguió abrirla “al público” (estudiantes e interesados) en 1775.²⁴

Las bibliotecas particulares (1760-1830)

Acorde con el crecimiento económico de la Banda Oriental y en especial de Montevideo, se produjo un súbito aumento en la cantidad de libros en el ámbito seglar. En este período los textos de física y matemática se hicieron más comunes así como las novelas y los romances, algunos de ellos prohibidos por la Inquisición. Lo que puede constatarse por las bibliotecas de Juan de Larra (1760), Felipe Ortega (1786), María Antonia Pérez (1790), José Fernández Cutiellos (1796-1815), Esteban Valle (1810), Samuel Fáber (1811), Cipriano de Melo (1813), Pérez Castellano (1815), María Clara Zabala (1813), Acuña de Figueroa (1814), Larrañaga (1816), Manuel Yáñez (1817-1830) y Pablo Domenech (1818-1850), entre otros, es la amplitud de la difusión y la gran variedad en las temáticas preferidas. Para ese entonces el comercio de libros había pasado a manos de particulares como Cutiellos, Yáñez y Domenech, o era usufructuado por el contrabando.

Una de las mayores bibliotecas privadas de la segunda mitad del siglo XVIII era la del boticario José Piedra Cueva y de su esposa, María Antonia Pérez. La misma –formada entre 1768 y 1790– constaba de unos cuatrocientos volúmenes, entre los que se encuentran obras de filosofía, literatura, historia, patristica, geografía y ciencias. “La Ciudad de Dios” de San Agustín, la “Historia de España” de Mariana –autor que subordinaba la autoridad del rey a la de la República–, el “Compendio histórico de la religión”, el “Patronato indiano” de Ribadeneira, la “Historia de las variaciones” de Bossuet y las “Recreaciones filosóficas” y “Cartas” de Almeyda; el infaltable “Quijote”, la “Pensadora Gaditana” y los “Eruditos a la violeta” de José Cadalso, quien invitaba a sus lectores a trabajar en pro de las ciencias positivas. Una “Descripción de El Escorial” con láminas, otra “Descripción de Europa” –es decir geografía con ilustraciones– de autor innominado, un “Viaje a España” y el “Viaje de Ulloa a la América Meridional”. También figuran obras como

²⁴ AGN AGA, Caja 48, c. 12, doc. 6.

la “Farmacopea matrinense”, y las farmacopeas de Palacios, Füller y Loecher –un tomo cada una-, el “Espectáculo de la Naturaleza” de Pluche²⁵ –en sus dieciséis volúmenes-, la “Historia Natural de España” escrita por Boules –franco partidario de las ideas del naturalista francés Buffon, precursor de Charles Darwin-, las “Enfermedades venéreas” de Astruc, el “Curso de química” de Lemedi –el más antiguo que conocemos para Montevideo-, las “Observaciones astronómicas” de Jorge Juan, un libro titulado “El Universo enigmático”, la obra de Feijóo –otro de los omnipresentes- en doce tomos, el libro del naturalista Tournefort en tres tomos²⁶, el “Diccionario de Sobrino”, y varias obras de retórica, gramática –nada menos la de Nebrija- y de ortografía.

A su muerte en 1786, el comerciante montevideano Francisco Medina dejaría tras de sí una biblioteca con unos 700 volúmenes, entre los cuales había un buen número de libros sobre ciencias. Entre ellos, el libro de Wolff, un “Tratado de matemática”, un libro titulado “Ciencia del cálculo”, un “Análisis demostrado”, un “Tratado de trigonometría”, una “Historia de las Artes y las Ciencias” de Rollín –otra de las obras que se reiteran-, una “Aritmética especulativa y práctica” de Puig, un “Arte del álgebra”, los “Elementos de todas las ciencias”, y una “Historia de las ciencias exactas”. Le seguían la “Aritmética de escritorios de comercio”, la “Educación popular”, un “Manual del perfecto comerciante”, documentos de la Junta del Banco Nacional de San Carlos, y un tomo sobre “Comercio Libre a Indias”. Estos y otros tantos textos sin duda revelan una preocupación propia de quien necesita utilizar el cálculo aritmético y la trigonometría para sus actividades comerciales. Pero también se aprecia interés por la industria, la geografía, los atlas, la náutica y los viajes, representados por libros como “Industria Popular”, la memoria “Navegación de Francia a las Indias” (América), un “Diccionario geográfico universal”, un “Viaje a las Malvinas”, otro “Viaje al polo boreal”, la “Vuelta al mundo en la fragata del rey”, el “Ensayo de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País”, un “Tratado de navegación teórica y práctica” y las “Lecciones de navegación o principios necesarios a la ciencia del Piloto”.²⁷

Por su parte, la biblioteca de Francisco Ortega y Monroy –Jefe de la Aduana de Montevideo entre 1769 y 1790, uno “de los papeles de más ruido de la

²⁵ Pluche aportó desde su obra una visión de la realidad sensible de tipo naturalista y teológica a la vez.

²⁶ SÁNCHEZ BLANCO, Francisco: *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*. Alianza, Madrid, 1991.

²⁷ MARCATE, Dionisio. Imprenta de Sancho, Madrid, 1801.

Provincia”²⁸ constaba de ochocientos setenta volúmenes. La colección era encabezada por los veintiocho tomos de la “Enciclopedia Francesa” (1751-1872), que entre otras cosas enfatizaba la necesidad de las artes manuales (“mecánicas”), los oficios y la ciencia aplicada –continuando la tradición renacentista–, los “Pensamientos de Cicerón” –traducción De la Riba– y la “Crianza física de los Niños” de Ballejero –traducido por Don Patricio de España²⁹–. Estas obras eran acompañadas por los tres tomos de una denominada “filosofía de Newton”, quizás los “Principia” o un comentario sobre ellos, un “Análisis de la filosofía de Bacon” –quien estableció el conjunto de reglas y métodos operativos de la experimentación–, un “Curso de Física”, una “Historia de la Electricidad” –primer libro de esta ciencia física surgida tras el período de newtoniano–, la “Física” de Nollet, quien intentó independizar esta ciencia de la mera especulación, un “Arte de la experiencia física”, una “Historia de las ciencias exactas”, la “Historia de las ciencias de Rollin”, dos tomos de “Hidrografía” en francés –“sumamente grandes”–, “Métodos para levantar planos”, un “Arte militar”, “Artilería racional”, “Ensayo de táctica”, los “Principios de la fortificación”, “Examen marítimo” y una obra titulada “Colección de máquinas”, entre muchos otros.³⁰

Los libros de Ortega, tras un proceso en su contra por contrabando, pasaron a la custodia de Martín Artigas –padre de José Gervasio– como albacea de sus bienes, para ser entregados seis meses después al Comisario de la Inquisición José Pérez Castellano.³¹ Una vez inventariados fueron embarcados en trece cajones con destino a España³², excepto dos volúmenes de la “Mineralogía de Valerius” que Antonio Pineda –naturalista español de paso por Montevideo– tomara ‘prestados’, dice, “*para el servicio del ramo de la Historia natural de que estoy encargado en la expedición alrededor del mundo*”.³³

²⁸ PÉREZ CASTELLANO, José Manuel: *La Banda Oriental en 1787*. C.C.U, Montevideo, 1968.

²⁹ AGNA, Buenos Aires, 1790. Tasaciones. Legajo 181, exp. 34, N° 12, fs. 15 v-17.

³⁰ Acta del Antiguo Cabildo de Montevideo, 1768. Colonia del Sacramento. Archivo Regional. T. 1, fs. 37-ss. *El Pacífico Oriental*, Montevideo, 19 de abril de 1822.

³¹ No deja de ser sugestiva la vinculación entre Ortega y Monroy, el padre de Artigas y Pérez Castellano. Tuvieron acceso a los libros, los inventariaron y deben haberlos ojeado, como sugiere la experiencia de Pineda. Su elección implica puede implicar una selección dentro del conjunto. Sin embargo, no consta ninguna evidencia –más allá de sospechas– de que conservaran en su poder libro alguno. De hecho, en el inventario de los bienes de Martín José Artigas no figura ninguno, lo que hace dudar de que éste haya sido el vínculo entre Gervasio y las Nuevas Ideas francesas.

³² ASOCIACIÓN URUGUAYA DE HISTORIA MARÍTIMA Y FLUVIAL: *Apostadero de Montevideo 220 años de su fundación*. Montevideo, 1996, p. 61.

³³ AGNA Buenos Aires, 1790. Tribunales. Legajo 122, exp. 28.

Poco después, el vecino José Fernández Cutiellos –quien inventarió la biblioteca de Eusebio Vidal- se convertiría en el primer librero de la ciudad con su tienda y taller de encuadernación, que estuvo en funciones hasta 1815. Entre los 1200 volúmenes de su nada despreciable librería se encontraban las clásicas obras de devoción, junto a las de educación, administración, historia, geografía y ciencias. Una diversidad que oscila entre la “Biblia Sacra” –solo el Antiguo Testamento-, los “Eruditos a la violeta” de José Cadalso y la “Crónica General del Perú”, hasta los “Los Secretos de las Artes Liberales”, una “Aritmética Práctica”, las “Máximas de la Guerra” y los “Principios de Historia”.³⁴

Todo el conjunto de datos sobre las bibliotecas coloniales –que aquí solo reseñamos- marcan claramente un cambio desde la primera mitad del siglo XVIII mucho más “devota” hacia una cultura ilustrada más vasta y diversificada en cuanto a temas y en cuanto a tamaño. La elección de nuevos tópicos está pautando sin duda un cambio en el modo de pensar de los sectores dirigentes de la sociedad colonial. Al decir del “Telégrafo Mercantil” (1801) de Buenos Aires, la nueva cultura representada por ella aceleraría el despertar del entendimiento, disponiendo la voluntad de los individuos hacia la búsqueda del saber:

“(…) Tocando muchos asuntos de historia, de política, de crítica, de literatura, de artes y ciencias despierta los entendimientos, bermosea la imaginación, arregla la memoria y dispone la voluntad para que se determine a romper un camino hacia el Templo de la sabiduría”³⁵

El libro dispone la voluntad del individuo y lo anima a acercarse al conocimiento, al desarrollo de su imaginación y su pensamiento, motivándolo a actuar. Un nuevo sistema de representaciones estaba comenzando a configurarse, como se aprecia precisamente al examinar el inventario de la sobredicha biblioteca pública.

La biblioteca pública de Montevideo (1816-1838)

La demanda por una literatura de tipo científico está bien documentada a principios del siglo XIX por Larrañaga. En la Oración Inaugural –impresa

³⁴ AGN AJ 1796, Caja 1, c. 3, fs. 85, 86, 86 v.

³⁵ LARAÑAGA, Dámaso Antonio: *Selección de textos. Oración Inaugural*. C.C.U, Montevideo, 1965.

ese mismo año³⁶, en su correspondencia y en el “Diario de Historia Natural”, manuscrito producido en 1824. En estas obras hace referencia al “Diccionario físico” de A. H. Paulian –“Dictionaire de physique portatif”- con sus suplementos, a la omnipresente “Elementos de todas las matemáticas” de Wolff, a los “Elementos” y los “Principios” de Bails –que desplazaría a Wolff en toda América Hispana- a la “Introducción al análisis infinitesimal” de Leonard Euler, al “Cours de Mathématiques” de Bezout, a las “Tablas portatives de logarithmes” de Callait-Bois y a las “Tablas de logaritmos” de Mendoza, entre muchas otras.³⁷

Lógicamente, la Biblioteca Pública representaba un esfuerzo supremo por crear un eje institucional para la promoción de la educación general a través del libro. En este sentido Larrañaga no hacía más que traducir la preocupación que desde antaño había sentido la clase dirigente montevideana por la formación de técnicos y profesionales que realizaran todo lo que estaba por hacerse en la Provincia, tanto obras de ingeniería y arquitectura, como de cartografía, ciencias, ganadería y educación. La Biblioteca se inscribía en el nuevo proyecto para la Provincia Oriental, que exoneraba de derechos de importación a “las máquinas, los instrumentos de ciencias y artes, los libros y las imprentas” (Reglamento de Derechos Aduaneros). Por esto no llama la atención que Larrañaga vinculara a la institución cultural con la distribución de la campaña –“la tierra es del que la trabaja”- y el empleo de las ciencias y las técnicas en el desarrollo industrial del país.

Lamentablemente, aquel proyecto se frustró demasiado pronto a raíz de la invasión portuguesa (1816). A su llegada las tropas brasileñas depositaron los libros de la Biblioteca y la imprenta donada por la princesa Carlota, en una pequeña habitación del edificio en que estaba instalada. Sin embargo, entre mayo de aquel año y marzo de 1817, cuando Larrañaga y Jerónimo Pío Bianchi visitaron la corte del rey Juan VI en Río de Janeiro, la Biblioteca fue consultada por aficionados a la lectura y por viajeros, como lo anotara Ramón Masini en sus “Memorias”:

³⁶ La recuperación de la imprenta llevada a Buenos Aires tras la desocupación porteña en 1814, así como la expropiación de bibliotecas privadas y la importación de libros y cartillas desde Buenos Aires, formaba parte del esbozo de política cultural llevada a cabo desde el artiguismo.

³⁷ LARRAÑAGA: *Selección...*, pp. 34-50. “Carta a Bartolomé Muñoz”. Julio 6, 1808.

“(...) La Biblioteca era visitada por los forasteros de instrucción que llegaban al país; todos ellos tenían gusto en regalarle obras importantes, las cuales, con otras que daban diariamente los ciudadanos, contribuía a enriquecerla”.³⁸

Luciano Lira –compilador literario del “Parnaso Oriental”- afirmó en una nota al pie de página de la poesía del argentino Florencio Varela que la Biblioteca fue restaurada durante el gobierno imperial de Carlos Lecor. En una carta que dirigiera a José Carneiro cuenta que:

“(...) Ha somente na Cidade de Montevideo huma biblioteca publica ja do tempo da revolucão, e que eu renovei, e aumentei no anno de 1818”.³⁹

A esta biblioteca renovada por Lecor, el reconocido naturalista francés Bonpland, intentó vender un cajón de sus libros sobre zoología, astronomía y botánica (1820):

“Al enviarle la lista de una pequeña parte de mis libros tenían la esperanza de que la biblioteca pública comprara algunos de ellos”.

Y aunque en 1821 estaba cerrada al público, cuando el sabio francés August de Saint Hilaire visitó las instalaciones de la institución, la encontró pequeña pero adornada con gusto –vale decir cuidada- y con un total de 2000 volúmenes:

“La salle qui renferme la bibliothèque est petite mais ornée avec gout (...) Elle este fermée dans ce moment; elle sera bientôt ouverte au public”.⁴⁰

Sin embargo, sería reabierta recién en 1838 bajo la dirección de Dámaso Larrañaga –quien había dirigido en 1822 la Biblioteca Pública de Buenos Aires- con Teodoro Vilardebó como vicepresidente de la Comisión de la Biblioteca Pública. Se la organizó en cinco sectores: bellas letras, política y legislación, teología, ciencias y artes –mecánicas-, historia y geografía. Los manuscritos fueron clasificados por separado, según el mismo ordenamiento. En cada sección, los libros –unos tres mil en ese momento- fueron colocados por tamaño. Hacia los primeros años del siglo XIX las librerías se multiplicaron y algunas adquirieron una gran reputación. En 1834, se decía que la Librería

³⁸ En: *Revista Histórica*. Montevideo, T. VIII, pp. 797-798.

³⁹ ANRJ Río de Janeiro. Col. Cisplatina, 1823, Carta: “Lecor a José Carneiro”, t. III, p. 263.

⁴⁰ SAINT HILAIRE, Auguste: *Voyage au Río Grande do Sul*. Orleans, 1887, p. 193.

de Jaime Hernández no omitía ninguna de las obras más importantes de su tiempo en cuanto a las temáticas más variadas:

“(...) No hubo obra europea, sobre todo de alguna importancia que no figurara en sus estantes: teología, historia, filosofía, literatura, jurisprudencia, geografía, medicina, ciencias, están allí presentes.”

Durante los años treinta del siglo XIX, el romanticismo europeo se arraigaría en Montevideo. Fue una respuesta ideológica, una nueva actitud ante el mundo, frente a las jornadas revolucionarias de 1830 en Francia, que llevaron a Luis Felipe al gobierno. Los jóvenes se rebelaron contra el mundo de sus mayores. Hubo un retorno emocional hacia el pasado, en concreto en lo relativo a la Revolución de Mayo de 1825 en Buenos Aires, generándose una actitud de rechazo al pasado colonial. Así durante la Guerra Grande (1839-1851), se operó una nueva transformación en las mentalidades todavía coloniales del Uruguay recién nacido, que incidió profundamente en la vida intelectual local. Los exiliados argentinos –como Echeverría y Alberdi– propuraron superar ese pasado colonial todavía presente. De allí emergería la Universidad de la República, que haría realidad el proyecto que Larrañaga impulsara desde el gobierno del país.⁴¹

La metamorfosis de las ideas: el periodismo y la difusión social del pensamiento moderno

La sociedad colonial tuvo en el periodismo sus propios mecanismos de divulgación del saber desde la instalación de las primeras imprentas en Córdoba, Buenos Aires y Montevideo, y la aparición del periodismo regional se conocieron algunos trabajos científicos y literarios de importancia. A lo largo del siglo XVIII la imprenta de Buenos Aires publicó un conjunto apreciable de artículos sobre economía, matemáticas y astronomía, así como de ciencias naturales, filosofía y literatura, que reflejaban una actitud más abierta hacia las ideas de cambio que recorrían América.⁴² Desde allí se publicaron “El

⁴¹ PARIS DE ODDONE, Blanca y ODDONE Juan: *La Universidad de Montevideo en la formación de nuestra conciencia liberal*. Universidad de la República, Montevideo, 1958, p. 11.

⁴² FURLONG, Guillermo: *Historia y bibliografía de las primeras imprentas en el Río de la Plata (Tomo II)*. Buenos Aires, Bs. As. 1948, pp. 315-316.

Telégrafo Mercantil” (1801-02)⁴³, el “Semanario de Agricultura, Industria y Comercio” (1802-1807) y la “Gazeta de Buenos Aires” (1810). Y desde Montevideo, los pocos números de la “Estrella del Sur” –diario editado por los ingleses- (1806-1807), y la “Gaceta de Montevideo (1810-1814).

Desde sus páginas, se difundió el concepto de ciencia útil y el de comercio productivo hacia los ávidos y a veces ingenuos lectores rioplatenses. Los artículos sobre agricultura, electricidad, tecnología y sobre experimentos físicos –de divertimento- se recibieron con considerable atención, a juzgar por la difusión de estas publicaciones. Aquel concepto de ciencia útil que procuraba evitar una innecesaria especulación filosófica, encontraba su justificación social en los beneficios –reales o imaginados- que reportaría la industria, el comercio y el desarrollo del Estado.⁴⁴ El saber divulgado a través de la página impresa difería del saber social, transmitido oralmente. Existía entre ambos una evidente desproporción. Por esto en parte, uno de los propósitos declarados por el “Telégrafo” –que tenía suscriptores en Colonia, Montevideo, Canelones y Maldonado- era popularizar el conocimiento de la historia, la literatura, la geometría, las matemáticas, la astronomía, la arquitectura civil y la náutica. Es decir convertirse en un verdedero “foro” –diríamos hoy- de divulgación cultural:

“(...) Tocando muchos asuntos de historia, de política, de crítica, de literatura, de artes despierta los entendimientos, hermosea la imaginación, arregla la memoria y dispone la voluntad para que se determine a romper un camino hacia el Templo de la Sabiduría”⁴⁵

Es interesante la alusión a Templo, con la que se ubica a la cultura en el plano más alto y también místico. Investigaciones serias como las botánico sueco Haenke –que proponía experiencias de tipo analítico y químico para el estudio de las propiedades del agua termal y la descripción de sus resultados-, residente en Buenos Aires, aparecían junto a otras producciones de variado nivel sobre química y física;⁴⁶ artículos sobre cultura clásica –lecturas o análisis de la República de Platón, Hesíodo, Vitrubio, Columela, Diódoro, Aristófanes o Julio César- con comentarios y debates sobre Machiavelo, Montesquieu y las “Memorias” de la Academia de Ciencias de París, la más prestigiosa de su

⁴³ Creado por Francisco Cabello y Mesa.

⁴⁴ *El telégrafo Mercantil*. Junta de Historia y Numismática, Buenos Aires, 1914. Historia y Numismática. T. I, N° 10, 1801.

⁴⁵ Ídem.

⁴⁶ *Ibíd.*, N° 22, 1801.

tiempo. La difusión del saber o del quehacer técnico, más allá de cualquier menosprecio social, era esencial ya fuera por razones prácticas como por considerar que la felicidad del hombre se relacionaba con su desempeño manual. Es significativo que entre los objetivos del citado “Telégrafo” (1801) se dijera que:

“(...) La ley natural (...) confirió derecho a todo hombre de ser instruido, tanto en las obligaciones morales y económicas, como en aquellas Ciencias y Artes con que él concibe que puede ser feliz, y útil a su semejante”.

La idea era que toda la sociedad se educara, al decir de Cabello y Mesa:

“(...) A los papeles deben todos los Países la ilustración y lugar preferente, que hoy ocupan en el luminoso cuadro del Universo. Esos periódicos (...) (que) inmortalizan los objetos: y (transmitiéndose por una especie extraña de contagio, las meditaciones de los hombres) comunicando el valor patriótico (...) le dan tono a la Historia, a la Literatura”.

Es obvio que las ideas que se reflejan en el editorial de Cabello y Mesa, ya habían madurado en los sectores dirigentes. Seguramente no constituían información nueva.⁴⁷ Los lectores entendían bien a qué se refería. La educación doméstica no se consideraba que fuera la mejor, ni para pobres ni para ricos. Por el contrario, la educación pública en las escuelas y en los colegios era “*más fácil, más útil y más eficaz que la privada*”.⁴⁸ Razón por la que era necesario estimular el desarrollo de la educación general y pública. Por su parte, el “Semanario de Agricultura” también realizó su prédica a favor de las nuevas ciencias y conocimientos. Hipólito Vieytes –su fundador– propuso sustituir la lógica aristotélica –sumándose al antiaristotelismo escolástico– en los centros de enseñanza regionales por la formación en agricultura, a la sicología por la geometría y a la jerga filosófica por los experimentos químicos.⁴⁹

A raíz de las fallidas invasiones inglesas se publicó en Montevideo con imprenta propia, el primer periódico bilingüe del Río de la Plata “The Southern Star”, uno de cuyos redactores fue William Scollay, licenciado en letras de la Universidad de Harvard. El propósito esencial del periódico era político, porque intentaba poner de manifiesto las diferencias entre el régimen español

⁴⁷ Cfr.: PIERROTTI: *El nacimiento...*

⁴⁸ *El telégrafo Mercantil*. T. I, N° 23, p. 123.

⁴⁹ *Semanario de Agricultura*. Imprenta de los Niños Expósitos, Buenos Aires, 1802.

y el sistema económico liberal inglés. Aunque se descarta que su influencia fue muy limitada, su mayor aporte cultural está dado por el ingreso de la imprenta y de la Enciclopedia Británica y la Monthly Magazine en Montevideo, que configuraron la base de los apuntes que Larrañaga transformaría en el “Common Place Book” (1807-1819), título tomado de la introducción a la Enciclopedia Británica.

Un poco más adelante (1810) la Gaceta de Buenos Aires –creada por Mariano Moreno– esparciría las ideas de transformación social, política y económica por los pueblos de la Banda Oriental, convirtiéndose en órgano de la revolución e intérprete de la burguesía local pro independentista.⁵⁰ Y para 1815, los orientales tendrían su primer y más breve órgano de prensa “El Periódico Oriental”, cuyo propósito era “fomentar la ilustración de nuestros paisanos”:

“(...) En una palabra un periódico es un teatro de enseñanza pública (...) Se invita a los amantes de la humanidad, apreciadores de los derechos del hombre a que concurran con su ilustración y conocimiento a exbornar y enriquecer este periódico”. Con el objeto de “ilustrar al pueblo profusamente en todo aquello que se estime conducente a utilidad y aprovechamiento (...) La industria, la agricultura y el comercio, artes –oficios–, ciencias, así como las ocurrencias del día (...) formarán una instructiva y agradable miscelánea”.

Para sus creadores, el periódico era un arma didáctica, necesaria a la ilustración general. La educación pública era la meta a alcanzar como medio de superación social. La sensación que percibían es la de que con ello se produciría un cambio profundo en el pueblo:

“(...) A la vista está el cambio y metamorfosis que han sufrido las ideas. Hoy día el más vulgar entiende algo de derecho público; conoce sus prerrogativas y posee un fondo de conocimientos de que se hallaba destituido”⁵¹.

Poco después un aluvión de periódicos comenzaría a circular en la Provincia Oriental, con notas sobre educación y la necesidad de su reforma, historia, literatura, teatro, costumbres, novedades y modas.⁵² No pocos informes sobre economía, comercio, aritmética comercial, teneduría de libros y cuestiones

⁵⁰ TORRE REVELLO, José: *La revolución de 1811 en la Banda Oriental*. IGH, Montevideo, 1964, p. 504.

⁵¹ ARCHIVO ARTIGAS: “Artigas al Cabildo de Montevideo”, octubre 23 de 1815.

⁵² Véase: *El Iniciador* (abril, 1838), *La Enciclopedia*, N° 3, p. 4; *La Nación*, Año 1, N° 3, diciembre 1854; *La Prensa Oriental*, junio 1859, etc.

aritméticas. Pero a su vez, el periodismo dominado por la pasión política, le concedió mucha más importancia a los temas de tipo científico. Sin embargo, en 1822 —época luso-brasileña- el “El Pacífico Oriental” publicaría extensos artículos a favor de la enseñanza lancasteriana —interviniendo en el debate social, en apoyo a Larrañaga- y ponderaba la física como “la ciencia a la que la humanidad le debe incontables beneficios”, como el de una máquina galvánica al aplicada por los médicos a sus pacientes montevideanos, cuyo uso recomendaba.⁵³

El “Publicista Mercantil” (1824) también solía presentar notas a favor de la enseñanza lancasteriana escritas por José Catalá —educador español- así como lecciones para escuelas y artículos breves sobre ciencia, estadística y medicina. La “Gaceta de la Provincia Oriental” —publicada en Canelones, 1826) resaltaba la tarea docente de Pedro Vidal auspiciada por la Sociedad Lancasteriana; y años después, “El Indicador” anunciaba una serie de cursos particulares de matemáticas, teneduría, y geografía que la educación de los jóvenes reclamaba. Desde su primer editorial invocó el lema, “hay que llenar la necesidad de instruir al hombre”. Y poco más tarde, “El Patriota” mostraba su interés por la calidad de la instrucción solicitando reiteradamente la reapertura de la Biblioteca Pública, elogiando la actividad del Colegio Oriental del profesor francés Francois Curel y de la Escuela de Comercio del Consulado.⁵⁴

Más allá de sus limitaciones y carencias, aquellos periódicos y semanarios como otros no mencionados, construyeron en conjunto un valioso legado cultural que revela un afán continuo en pro de país. Existía una clara afición por la educación y el conocimiento.

¿Hacia dónde conducen todos estos datos?

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX una nueva demanda de lecturas comenzaba a desplazar las preferencias anteriores. Si nos guiamos por el mero inventario de las bibliotecas parece verse un relativo descenso en el interés por la literatura religiosa y *un consiguiente aumento en la preocupación por el mundo inmediato de la naturaleza, por países lejanos y exóticos, por la historia, la política y la ciencia*. Sin duda el mundo de la lectura colonial se estaba transformando, por lo que podemos hacernos una idea bastante precisa de cuándo exactamente cambiaron los intereses sociales y se inició la transformación de las ideas.

⁵³ *El Pacífico Oriental*, Montevideo. 1822, N.º 4.

⁵⁴ *El Publicista Mercantil*, Montevideo. Feb. 21, 1824.

En las bibliotecas particulares de mayor tamaño como las de *Piedra Cueva*, *Medina*, *Ortega y Vidal*, se evidencia una preocupación por la historia, las ciencias, la física experimental, la electricidad, la tecnología, la cirugía y la administración, que obviamente trasciende los límites de la utilidad comercial o la preocupación religiosa. En *las bibliotecas menores* se encontraba con frecuencia obras de economía, ciencias naturales, educación y filosofía. En la de María Clara Zabala que constaba de ciento trece tomos, se reiteran libros como los “Viajes de la razón”, “El Universo enigmático”, “El idioma de la razón” y otros once libros de filosofía; en la Cipriano de Melo (encargado de Aduana) entre sus ciento treinta y seis volúmenes se reconocían obras como “Aritmética y Álgebra” en portugués, un “Arte de navegar”, “Rudimentos de Táctica Naval”, una “Historia Portugal”, “Cartas Físico Matemáticas”, el “Teatro crítico” de Feijóo, el “Espectáculo de la Naturaleza” de Pluche, un “Tratado de navegación” y una “Historia General de los Viajes” en seis tomos. Y de similar tendencia era la biblioteca mucho más pequeña de Juan Ibáñez, constante de solo cuarenta volúmenes.

Por otra parte, también se aprecia un cierto interés por cuestiones relativas a la niñez, las mujeres, la espiritualidad, la familia, la muerte y hasta la cocina y la moda. En *los anaqueles del período 1767 a 1815* se encuentran obras tan sugerentes como: “El espejo de la muerte”, el “Modo de morir”, “El hombre simbólico”, “Mocedad desengañada”, “Teatro moral de la vida humana” (todos en la biblioteca jesuita de 1767); la “Crianza de los niños”, el “Arte de conocer a los hombres”, “Cartas de una madre a su hijo”, “Colección de diferentes trajes”, “Arte de la repostería” (en la biblioteca de Ortega y Monroy); “La dulce y santa muerte”, la obra de “Madame Fouget” (sic), la “Educación Popular” (en la de Medina); “Almacén de Niños”, “El hombre feliz”, “Filosofía del espíritu y del corazón”, “Gemidos del corazón”, “La mujer feliz”, “Escuela de señoritas”, “Carácter de las mujeres”, “Conversaciones familiares”, “Conversaciones consigo mismo”, “La posesión de sí mismo”, “Carácter de la amistad”, “Modo de vivir bien”, “El verdadero mentor”, “La verdadera alegría”, “El idioma de la razón”, “Religión de hombre de bien” y “Pintura de la muerte” (en la de Vidal); “La pensadora gaditana”, el “Arte de escribir”, “Congregación de la buena muerte”, “Recreaciones filosóficas” (en la de Piedra Cueva); “Escuela de costumbres”, “Obras espirituales”, “Verdades eternas” (Cipriano de Melo); o las “Centellas del bien morir”, “Instrucción del matrimonio”, “Instrucción de la juventud”, “Paz interior” y “Arte de cocinar” (de la librería de Cutiellos), además de un gran variedad de títulos que se podría citar.

¿Qué mensajes contenían esas obras? Sería muy extenso detallar el contenido obra por obra en este espacio. Pero como puede verse, está claro que hubo una variedad de preocupaciones en los lectores, que trasladaron de un modo u otro, conciente o inconcientemente, a su correspondencia, citando o parafraseando frases que habían leído en uno u otro texto o que habían escuchado en las tertulias vespertinas o en los cafés.⁵⁵ Si tomamos estos datos como un índice sociológico del desenvolvimiento del pensamiento local, es obvio que *existía una cierta sensibilidad frente a temas que tienen que ver con las relaciones humanas, la vida interior, la mujer, la niñez, la educación y las artes*. El tema de *la muerte* estaba muy presente en las lecturas así como la preocupación de que se entierre a alguien todavía vivo, la angustia y brevedad de la existencia, etc., que de modo similar se refleja en las Memorias. Los *asuntos político-económicos* que nos revelan la presencia de las obras de Rousseau, Voltaire, Montesquieu, La Enciclopedia Francesa, Adam Smith -que valoró especialmente el trabajo- de inspiración liberal y revolucionaria, la obra de Félix de Azara que hacía ver la necesidad del reparto de tierras, algo que recoge el artiguismo; la constitución de sociedades civiles o incluso sociedades secretas.

¿Se sintieron impulsados por sus lecturas? Lógicamente sí. Cabello y Mesa, fundador de “El Telégrafo” relata cómo se sintió cuando leyó el “Diario Civil” de Lima (Perú), dice él que *“se inflamó mi corazón. Quise escribir también, y sin mirar lo arriesgado de la empresa (...)”* y comenzó a trabajar sin tregua. Es interesante que la sola lectura del diario limeño lo motivara a actuar. Asimismo, los hermanos Robertson -comerciantes ingleses llegados al Río de la Plata en 1811- atestiguaron también la influencia del libro en la sociedad colonial. Comentando sobre la interpretación que los “sudamericanos” –al decir de John Robertson- daban a los libros de procedencia ilustrada encuentra que era muy diferente a la que le otorgaban los ingleses. *“Les oímos discurrir en términos brillantes y elocuentes sobre “libertad civil”, “libertad de imprenta”, “educación liberal”, “derecho constitucional (...)”*, escribe, pero sus conclusiones distan mucho de las del europeo. Con base a sus lecturas lo criollos darían una interpretación propia a las Nuevas ideas.

Estos sencillos ejemplos –y otros que se recogen a lo largo del presente artículo- ponen de manifiesto la influencia del libro en la manera de pensar y actuar del rioplatense y en la interpretación de la información que llegaba hasta él, desde los grandes centros políticos del mundo Moderno.

⁵⁵ Esto se aprecia sin dificultad en José Pérez Castellano, tanto en su “Banda Oriental de 1787” como en sus “Observaciones sobre Agricultura”, escrita en 1813.

No cabe duda de que la vida cotidiana y social también se vio afectada y/o condicionada por comportamientos y formas de ser, estar y actuar pautados por el libro y su lectura como motor social. Queda por delante la siguiente fase de la investigación que nos ayudará a comprender mejor el desarrollo de las mentalidades coloniales, a través del análisis estadístico de las bibliotecas habidas en Montevideo y el del desarrollo de la educación formal e informal.